

*Movimientos sociales y dictadura militar*  
**La experiencia política del Paro Nacional  
del 19 de julio de 1977\***

Manuel Valladares Quijano  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
mvalladares2006@yahoo.com

**RESUMEN**

*El presente trabajo comprende básicamente el recuento y desarrollo de los principales acontecimientos con la intervención directa de las masas obreras y populares ocurridos durante semanas enteras en Lima y en provincias los mismos que terminaron desembocando en el grandioso Paro Nacional del 19 de julio de 1977, enfrentando a la dictadura militar de la «segunda fase»; al mismo tiempo, se hace referencia en términos muy generales a las tendencias en la dirección política del movimiento obrero y de los movimientos de masas de esa época.*

**PALABRAS CLAVE:** Movimiento social, Lima, Perú, trabajadores, capitalismo, sindicatos, partidos, luchas.

**ABSTRACT**

*The present work summarises the development of the major movements with the direct intervention of the working class and of the social masses that took place throughout several weeks in Lima and provinces, and concluded in the extraordinary National Strike of 19 July 1977, against the 'second phase' of the military dictatorship; in fact the political trends of the working movement leadership are broadly approached, and the trends among grassroots movements.*

**KEY WORDS:** Social movement, Lima, Peru, Workers, Capitalism, Trade-unions, Politics parties, Conflicts.

\* El texto que ofrecemos a la atención del lector, es una versión ligeramente revisada y actualizada de un folleto impreso a mimeógrafo que pusimos en circulación hace casi 20 años. Lo habíamos escrito para participar en las reuniones y debates al conmemorarse el décimo aniversario del

## ACONTECIMIENTOS QUE DESEMBOCARON EN EL PARO NACIONAL DEL 19 DE JULIO DE 1977

Anotaremos aquí sólo algunos de los más destacados acontecimientos que se sucedieron en el curso de unas cuantas semanas, sacudiendo el país entero, haciendo crujir cúpulas burocráticas, sindicales y políticas, y poniendo en jaque al gobierno militar hasta culminar en el Paro Nacional de la clase obrera y amplias masas populares de la ciudad y el campo. Este sería, como luego fue confirmado por los propios hechos, el primer paro de dimensión realmente nacional en la historia peruana contemporánea<sup>1</sup>.

Aquellos acontecimientos se produjeron en vísperas de cumplirse un año de vigencia del más amplio cerco represivo impuesto contra los trabajadores por el gobierno militar de la «segunda fase», con la declaratoria del Estado de Emergencia Nacional, la suspensión de Garantías Constitucionales y la aplicación del Toque de Queda. Esta última medida era permanente en las ciudades de Lima y Callao, mientras que para ciudades de provincias se decretaba con intervalos, cada vez que erupcionaban fuertes movilizaciones de masas especialmente en capitales de departamentos<sup>2</sup>. El cerco represivo era sólo un aspecto de una ofensiva gubernamental montada en vasta escala. Hacía mucho rato que también había sido puesta en marcha una política laboral liquidadora: recorte de los derechos de huelga, suspensión de la estabilidad laboral y autorización para despidos

Paro Nacional del 19 de julio de 1977. Este trabajo constituyó para nosotros un primer intento de poner en orden la información básica y algunas ideas respecto de las características y significado central de ese enorme acontecimiento en la historia política del Perú contemporáneo. En esta oportunidad, quisiéramos entregar este breve trabajo a la comunidad universitaria y al actual liderazgo de las organizaciones sindicales y populares del Perú, como una contribución simbólica a los actos de conmemoración del 30 aniversario del grandioso Paro Nacional del 19 de julio de 1977 cuyos principales protagonistas fueron los trabajadores y gruesos sectores de masas populares organizados del país entero. Creemos que los nuevos movimientos de masas y su liderazgo y los que probablemente están por emerger, deben conocer, debatir y evaluar las experiencias de lucha de las décadas pasadas, antes y después de la caída del muro de Berlín, y de esta manera, puedan entender con la necesaria lucidez los complejos problemas de los trabajadores y del conjunto de explotados y dominados en su enfrentamiento al poder del capital y del Estado.

- 1 Nunca antes un conjunto de acciones de lucha habían desembocado en un movimiento tan vasto y simultáneo en todo el país, contando con la intervención directa de los más diversos sectores de trabajadores y masas populares. Puede decirse que, a diferencia de lo ocurrido en otros países latinoamericanos, post Segunda Guerra Mundial, el primer paro efectivamente nacional en el Perú fue recién el del 19 de julio de 1977.
- 2 En el Perú nunca fue frecuente la implantación del toque de queda, ni en Lima ni en provincias. Teniendo como lejanos antecedentes los que fueron impuestos en los tiempos del golpe de Estado acaudillado por el general Odría en 1948, recién casi treinta años después, se decretó por primera vez, para Lima y el Callao, con motivo de la huelga policial de febrero de 1975. Fue precisamente entonces que se tambaleó seriamente el gobierno del general Velasco Alvarado y que, finalmente, terminó derrocado por otro golpe de Estado en agosto de ese mismo año. Luego, ya con el general Morales Bermúdez en el poder, el toque de queda fue implantado a raíz de estallidos populares en Lima en junio de 1976.

masivos (D.S. 011-76-TR), la también arbitraria y abusiva fijación del tope salarial y presentación de los pliegos de reclamos ya no anualmente sino cada 18 meses. La justificación oficial de toda esa ofensiva era presentada como la defensa del modelo de «sociedad revolucionaria, participacionista, libertaria, humanista y cristiana» y de «sociedad no comunista y no capitalista» y cuya supuesta construcción estaba conducida por los militares en el poder político y la pléyade de sus asesores civiles entornillados en organismos corporativos como el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (Sinamos) y el Movimiento Laboral Revolucionario (MLR), organismos que, en las candentes circunstancias de 1977, se encontraban ya en franca decadencia<sup>3</sup>.

La defensa del gobierno y del tan singular sistema que preconizaba se hacía, desde luego, según el discurso oficial, «contra los infiltrados en los sindicatos», «promotores del clima de intranquilidad, desasosiego y división», contra «la escalada política sindical partidaria», contra «los agitadores en asambleas», etc. En pocas palabras, contra el comunismo y la ruidosamente satanizada «ultraizquierda» (la ultraizquierda de la década de los setenta).

Fue en el contexto de esa variada y brutal ofensiva del gobierno militar contra los trabajadores y los movimientos de masas y contra la autonomía de sus organizaciones y su independencia política de clase, que surgieron los acontecimientos que vamos a presentar<sup>4</sup>.

### *Piazza sucede a Barúa en el Ministerio de Economía*

A mediados de mayo y al cabo de 20 meses de gestión, renunciaba el ministro de Economía y Finanzas Luis Barúa Castañeda, quien había sido responsable, desde el inicio de la famosa «segunda fase», de la ejecución de una política económica orientada al achatamiento constante y acelerado de los sueldos y salarios de la enorme mayoría de trabajadores, más las frecuentes alzas de precios especialmente de los productos de primera necesidad. El señor Barúa fue el iniciador de los célebres «paquetazos» que eran lanzados periódicamente sobre los asala-

3 En sus afanes de organización corporativa de masas, el gobierno nacionalista y reformista del general Velasco Alvarado impulsó la creación del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (Sinamos) y, un tiempo después, del Movimiento Laboral Revolucionario (MLR). Esos organismos actuaron violentando la independencia y autonomía de las legítimas organizaciones de los trabajadores, al formar sindicatos y federaciones paralelos, etc. El MLR en particular fue adquiriendo, cada vez más, connotaciones fascistas.

4 En la organización de información sobre la coyuntura de junio-julio del 77, nos ha sido de gran utilidad el volumen *Perú, 1977-Cronología política*, elaborado bajo dirección de Henry Pease y Alfredo Filomeno (Desco, Lima, 1979). Además, hemos podido disponer de revistas, folletos, volantes y fichas de periódicos correspondientes a esa coyuntura. No nos ha parecido pertinente aburrir al lector con interminables citas, pero quienes quieran confirmar algunas de nuestras informaciones pueden acudir a las fuentes originales, especialmente en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Central Pedro Zulen de la Universidad de San Marcos.

riados e inmensas poblaciones populares. Está demás decir que los directos y principales beneficiarios de dicha política eran los monopolios internacionales y sus socios menores en el Perú.

La mencionada renuncia obedecía, entre varias razones, a dos o tres problemas inmediatos que amenazaban acrecentar las tensiones sociales y políticas: primero, la negativa de ciertos sectores militares, a través de algunos miembros del gabinete ministerial a solidarizarse con el señor Barúa en el caso que —cediendo a presiones insistentes de la derecha resurrecta buscara imprimir mayor intensidad a sus medidas económicas, soltando «paquetazos» aun más potentes; segundo, la segura predisposición de diversos y amplios sectores de masas para desarrollar enérgicas movilizaciones de protesta y resistencia al acentuarse las exigencias de «austeridad» (que quiere decir mayor hambre y desnutrición), el cerco represivo no podría impedir dichas acciones y ya habían antecedentes de ello; y, tercero, la presión creciente de la clase dominante y partidos políticos tradicionales porque se establezca un cronograma político para el retorno a la democracia representativa vía elecciones y, en función de eso, el presidente Morales Bermúdez no pudo dejar de establecer contactos y tener «diálogos» en Palacio con diversos dirigentes políticos (APRA, PPC, AP, etc.). En tales circunstancias eran bastante notorios la ausencia de bases sociales del gobierno y su clamoroso aislamiento político.

Como nuevo ministro de Economía y Finanzas fue nombrado un importante hombre de la Sociedad de Industrias, el ingeniero Walter Piazza y, como entonces se suponía, bajo duras condiciones por él impuestas. Su gestión estaría destinada a proseguir y profundizar la política de su antecesor, actuando drásticamente ante resistencias que le pudieran oponer en los altos rangos administrativos y militares del aparato estatal. Durante las tres semanas siguientes a su nombramiento, Piazza dedicó su tiempo a la estructuración de su programa de emergencia, recorriendo por diversos compartimientos del Estado y tomando decisiones inmediatas en lo tocante al recorte presupuestal. En todas esas andanzas, no fue puesta en cuestión su autoridad y, menos aún, por parte de los militares. Luego, el Consejo de Ministros dio por aprobada una serie de medidas comprendidas en el Plan de Emergencia. Eso ocurría entre el 5 y 6 de junio. Ciertos decretos leyes al respecto se publicaban entusiastamente en la prensa gobiernista. Entre ellos, los referidos a la reducción del presupuesto y a la elevación del precio de los derivados del petróleo: gasolina, kerosene y gas licuado. Y como consecuencia se autorizaba el alza de pasajes<sup>5</sup>.

5 El alza de pasajes siempre ha jugado un papel detonante en el desencadenamiento de movilizaciones fundamentalmente estudiantiles, tanto en Lima como en provincias. Así fue durante décadas y décadas, hasta que este tipo de demandas fue perdiendo sentido en los tiempos de la galopante inflación, en los años finales del primer gobierno de Alan García (1985-1990). La incontrolable

## *Mensaje del Ministro Piazza*

En la noche del 10 de junio, el Ministro Piazza informó por cadena nacional de radio y televisión respecto de su Plan de Emergencia y las medidas económicas que acababan de ser adoptadas. En su enfoque de la situación peruana, señaló como cuestiones críticas lo incontenible del proceso inflacionario, el ensanchamiento del déficit presupuestal, la falta de liquidez en el sector privado y el déficit en la Balanza de Pagos. Entre varias de las causas de tales problemas estaban, según el Ministro, el clima de desaliento y de desconfianza reinante en el empresariado privado y el gran crecimiento del aparato estatal y su intervención en la gestión empresarial. Ambos problemas eran atribuidos a la política implementada por el gobierno militar reformista de la «primera fase» (1968-1975) bajo la conducción del general Velasco Alvarado. No podía ser otro el lenguaje de un típico representante del empresariado.

Entre las medidas tomadas para enfrentar aquella difícil situación se anunciaron las siguientes: drástica reducción de los gastos del gobierno, en el tiempo que restaba del año 1977, con la finalidad de disminuir el déficit presupuestal; fuerte alza del precio de la gasolina y los combustibles con el fin básico de «eliminar las pérdidas de Petroperú»; sustantiva reducción de las importaciones del Estado en Bienes y Equipo, incluyéndose la Defensa Nacional, ajustes graduales de la tasa cambiaria (minidevaluaciones) «en función de nuestra realidad económica», aumento en los precios de alimentos importados y nacionales de hasta el 30%, por medio de una reducción importante de los subsidios, mientras que los más altos aumentos salariales sólo llegaban al 15% y, entre otros puntos más, recurrir a la obtención de un crédito externo de 250 millones de dólares.

La referida exposición del Ministro Piazza dejaba liberados, como era lógico suponer, a los dueños del capital, peruanos e internacionales, de todo compromiso con la «solución» por lo menos momentánea de los graves problemas del país. Mientras tanto, los únicos que debían someterse a una mayor austeridad y miseria eran, como siempre, los obreros, los campesinos, los empleados del Estado y, en fin, el conjunto de masas populares. En este sentido, el «paquetazo» de Piazza era uno de los más severos golpes sobre las ya largamente resquebrajadas condiciones materiales de vida de las grandes mayorías.

Los días siguientes al mensaje, estuvieron consagrados por la llamada gran prensa «parametrada» (*La Crónica, Correo, El Comercio*, etc.), a producir entusiastas comentarios respecto del estilo «directo y preciso» del ministro y a la

velocidad del alza de precios, terminó quebrando todos los parámetros. Todo aumento de sueldos y salarios y cualquier costo de los pasajes se convertían en añicos de un día para otro o, peor aún, terminaban licuados en un abrir y cerrar de ojos. Los sueldos y salarios quedaron aplastados y el shock económico de Fujimori sólo significó el mazazo final. Desde entonces, transcurridos 16 años, los ingresos de los trabajadores en general no se han recuperado ni medianamente.

justificación de su Programa de Emergencia. De otro lado, hicieron público su satisfacción y apoyo la Sociedad de Industrias (SI), la Corporación Nacional de Comerciantes (Conaco) y la Asociación de Exportadores (Adex). Mientras tanto, en los medios sindicales y políticos, si bien empezaba a caldearse el ambiente, las reacciones e iniciativas públicas no se expresaron de manera tan inmediata. Pero no habrían de transcurrir sino un día más o sólo unas horas para que se desataran las tempestades y que luego no iban a poder calmarlas quienes las habían provocado.

*Paro de bancarios, movilizaciones estudiantiles en Lima y amedrentamiento gubernamental*

El 13 de junio, tuvo lugar lo que se podría llamar un gesto simbólico de protesta sindical frente a las medidas anunciadas y ya en plena ejecución: un paro de 90 minutos de las bases de la Federación de Empleados Bancarios (FEB) cuya dirección estaba hegemonizada por elementos pertenecientes al Partido Comunista Peruano (Unidad). Esta no es una indicación trivial o gratuita. Más bien, sirve para recordar que hasta entonces dicho partido político todavía no se resolvía a dar por terminado su prolongado apoyo al gobierno militar y, por lo mismo, hacía todo lo posible para enfriar o frenar –en sectores de trabajadores donde tenía alguna influencia o a través de éstos– toda acción de protesta y rebelión<sup>6</sup>.

El mismo día 13, se desarrollaron disturbios protagonizados por estudiantes universitarios en varios puntos de Lima. Estudiantes de la Universidad Federico Villarreal, bajo entero dominio aprista, recorrieron la avenida Nicolás de Piérola y otras arterias céntricas y apedrearon numerosos establecimientos comerciales. Movilizaciones similares ocurrieron en las zonas de la Universidad de San Marcos, de las Universidades de Ingeniería y Cayetano Heredia, movilizaciones encabezadas por juventudes izquierdistas de las diversas tendencias logrando interrumpir el tránsito vehicular especialmente en las avenidas Venezuela y Túpac Amaru. También salieron a las calles estudiantes de la Universidad Particular Garcilaso de la Vega. La intervención policial, los tiroteos y los gases lacrimógenos ese día hicieron de Lima un escenario muy agitado. Unos 100 manifestantes terminaron apresados y en las cárceles. El detonante que desencadenó las movilizaciones estudiantiles fue el problema del alza de precio de los pasajes<sup>7</sup>.

6 El antiguo Partido Comunista Peruano, de orientación pro-soviética, cuyo vocero oficial era el semanario *Unidad*, siempre reconoció abiertamente e inclusive con entusiasmo y cierto orgullo, mientras se mantuvo en pie, el apoyo que brindó al gobierno nacionalista y reformista del general Velasco Alvarado y que continuó haciéndolo al del general Morales Bermúdez, hasta bien entrada la noche aunque con argumentos cada vez más discutibles.

7 Las universidades públicas fueron, desde un comienzo, uno de los frentes de oposición y de combate al gobierno militar. Justamente en el movimiento estudiantil universitario, por ejemplo

Frente al paro bancario y a las correrías estudiantiles y en prevención de acciones similares que posteriormente podrían ocurrir en Lima y en el resto del país, el entonces ministro del Interior, general Luis Cisneros Vizquerra («El gaucho»), emitió un comunicado público para recordar a la ciudadanía sobre la vigencia del Estado de Emergencia, de la suspensión de Garantías Constitucionales y del Decreto Supremo 11-76-TR que «prohíbe toda forma de paralización colectiva de labores en los centros de trabajo so pena de la rescisión automática de los contratos de trabajo de los infractores...».

Las acciones de amedrentamiento gubernamental, a partir de esos momentos, irían asumiendo variadas formas: invasión policial de locales sindicales, acrecentamiento de persecuciones y encarcelamientos de dirigentes sindicales y activistas, manipulación y publicación de comunicados apócrifos de «apoyo a las medidas del gobierno», etc.

En Lima, no volvieron a ocurrir acciones importantes de protesta por espacio de un mes, salvo la trifulca que cientos de estudiantes de la Gran Unidad Escolar Ricardo Bentín armaron en las calles del Rímac los días 17 y 18 de junio. Las organizaciones sindicales, aparentemente en calma, realizaban asambleas o coordinaciones para ingresar a los combates de manera centralizada. Esta aparente calma de los trabajadores organizados, llevaba a escribir en los periódicos, cosas como éstas: «La actividad beligerante y violenta de este grupo de estudiantes (de las universidades) ha sido felizmente una excepción dentro del comportamiento sereno y paciente de la población que hasta el momento ha sabido comprender que las medidas adoptadas por el gobierno resultan inevitables e indispensables para salvar la crisis y que no pueden obedecer a decisiones apresuradas, sino todo lo contrario muy meditados»<sup>8</sup>.

Sin embargo, en Lima se encontraban las sedes de las principales instancias políticas de centralización de la información y de coordinación de acciones futuras como lo que sería, unas semanas después, el Paro Nacional.

### *Movilizaciones en Cusco, Puno y Arequipa. Toque de queda*

A partir del 15 de junio y durante ocho o diez días, esos tres departamentos, pero fundamentalmente el Cusco, fueron fuertemente convulsionados tanto por esta-

como el de San Marcos, de la UNI y de la Universidad de Huamanga (Ayacucho), alcanzaron importante desarrollo las tendencias maoístas más radicales que caracterizaban como «fascista» al gobierno del general Velasco Alvarado y de su sucesor general Morales Bermúdez.

8 Los voceros de cada gobierno de turno y los periodistas que les sirven, siempre se las arreglan para justificar las medidas económicas antipopulares que se decretan. Nunca pierden en hacer llamados a la «compresión y serenidad» precisamente a las víctimas de la marginación, del hambre y el dolor. En aquellos tiempos, los periódicos y la TV aún se mantenían estatizados y lo estuvieron hasta 1980.

llidos de movilizaciones como por paralizaciones gremiales y los consiguientes choques con las Fuerzas Policiales. No era simple casualidad ni la primera vez que acciones de protesta aparecieran casi simultáneamente en esos departamentos del sur. Más bien, venían siendo recurrentes desde comienzos de los años cincuenta y constituyendo, algunas veces, puntos de partida de protestas generalizadas en plano nacional<sup>9</sup>.

En el Cusco, el 15 de junio se produjeron movilizaciones estudiantiles. Se bloquearon con piedras las principales calles de la ciudad, los choques con la policía ocurrieron principalmente en la Plaza de Armas y en la avenida de la Cultura. La fuerte gresca ocasionó daños en algunas propiedades privadas. Fueron apresados numerosos estudiantes universitarios. Fue visible la intervención de escolares de colegios secundarios en el bando de los manifestantes. Por esto último, la Dirección Regional de Educación dispuso la inmediata suspensión de labores escolares, en principio «hasta el 25 del mes en curso».

El día 16 se inició un Paro Departamental de 72 horas convocado por un Frente Amplio, comandado por la Federación Departamental de Trabajadores de Cusco afiliada a la CGTP. Para contrarrestar esa acción y las que pudieran proseguir, el Comando Político Militar de la zona –Zona de Seguridad del Sur Este– implantó el Toque de Queda en la ciudad del Cusco, de 9 de la noche a 5 de la mañana. Para informar sobre estos sucesos, al día siguiente apareció publicado en Lima el Comunicado N° 10 del Comando Conjunto y cuyo texto reproducimos:

«El Comando Conjunto de la Fuerza Armada pone en conocimiento de la ciudadanía lo siguiente:

1°.- Durante el día 16 de junio se han producido serios disturbios en la ciudad del Cusco, los mismos que han sido originados por agitadores inescrupulosos quienes han inducido a que diversos grupos subviertan el orden, por lo cual la Guardia Civil se ha visto obligada a intervenir enérgicamente a fin de mantener la tranquilidad pública.

2°.- Como consecuencia de estos actos se ha implantado en dicha localidad el Toque de Queda que regirá desde las 21 horas hasta las 05.00 horas del día siguiente.

3°.- En el resto del país la situación reinante es de completa calma.

4°.- Asimismo, se recuerda que está vigente el Estado de Emergencia

9 Durante la primera mitad del siglo xx, el Norte del Perú fue la región de donde partieron los grandes movimientos sociales y políticos y cuya influencia se extendía al resto del país aunque desigualmente. En cambio, desde los años cincuenta para adelante, parece que es la región Sur del país donde los conflictos con intervención activa de masas se hacen más candentes, convulsionan todo el Sur peruano y tienen impacto en Lima y en todo el país. En las décadas de los 70 y 80, Ayacucho se convirtió en la cuna de Sendero Luminoso y cuyos principales protagonistas, particularmente en sus inicios, fueron profesores y estudiantes universitarios. Para una información más amplia sobre este último caso, se puede consultar, Degregori, Carlos Iván: *Ayacucho 1969-1979: El Surgimiento de Sendero Luminoso*. IEP, Lima, 1990.



Nacional y la suspensión de determinadas garantías individuales. La Fuerza Armada y las Fuerzas Policiales en cumplimiento de sus funciones específicas permanecerán vigilantes y adoptarán las medidas más adecuadas para neutralizar cualquier acto que ponga en peligro el orden interno de la República.

5º.- Frente a la situación creada en la ciudad del Cusco, el Comando Conjunto de la Fuerza Armada invoca el sentimiento patriótico de la colectividad en general para rechazar las provocaciones que pretendan realizar agitadores profesionales, colaborando de esa manera en la preservación del orden».

Lima, 17 de junio de 1977<sup>10</sup>

A despecho del anterior comunicado y de otro similar del Ministerio del Interior, la rebelión del Cusco se extendió en días siguientes a varias de sus provincias y a casi todo el departamento. Unos 3 mil estudiantes promovieron disturbios en Sicuni, saquearon oficinas del Ministerio de Agricultura y Alimentación, prendieron fuego a documentos, escritorios, máquinas y demás útiles de oficina. Fue implementado el Toque de Queda, de 8 de la noche a 5 de la mañana. En Urubamba grupos de estudiantes bloquearon la carretera que lleva al Valle Sagrado. Acciones similares tuvieron lugar en Espinar, Quillabamba y Calca. El caso más grave fue, sin duda, el de Sicuni y lo evidencia el tan prolongado Toque de Queda. Según la información periodística, fueron estudiantes de los 4 Centros Educativos del lugar los que incendiaron los enseres de las oficinas de los Ministerios de Agricultura y Alimentación y apedrearon locales de Sinamos, de la Liga Agraria y la casa de alguna de las autoridades; los enseres y documentos de las mencionadas oficinas fueron sacados a las calles para luego quemarlos. De manera urgente, la Quinta Región de Educación suspendió las labores escolares.

En Puno, la protesta popular consistió básicamente en manifestaciones callejeras de estudiantes universitarios. La ciudad fue ocupada por tropas del Ejército. Luego, con fecha 21 de junio quedaron suspendidas las labores escolares hasta el 30 de dicho mes y las universitarias hasta el 5 de julio.

En Arequipa, el 21 de junio las labores escolares fueron suspendidas por tiempo indefinido, luego de manifestaciones callejeras de escolares sofocadas por la policía. Las respectivas autoridades educativas sostenían, en comunicado

10 En los periódicos limeños, incluido *El Peruano*, aparecieron con mucha frecuencia los comunicados oficiales del gobierno y de las diferentes entidades estatales, por ejemplo, en este caso, del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Casi todos los periódicos «socializados» se encontraban realmente bajo el control del gobierno militar. Haya de lo Torre los llamaba «prensa parametrada». De todos modos, también publicaban comunicados pagados de organismos sindicales independientes o contrarios al gobierno. Eran pues algunas pequeñas concesiones que el poder se permitía hacer.

público, que «los hechos ocurridos en algunos centros escolares por parte de algunos elementos extraños que tratan de interferir en el desarrollo normal...» había que enfrentarlos con medidas como las adoptadas. Al siguiente día, 22 de junio, se inició un Paro General de 48 horas, decretado por la Federación Departamental de Trabajadores de Arequipa (FDTA) de la que uno de sus dirigentes casi vitalicios era Valentín Pacho, destacado miembro del Partido Comunista Peruano (Unidad), más tarde secretario general de la CGTP y Senador de la República. El mencionado paro fue casi total: pararon la FEB, numerosos centros fabriles y establecimientos comerciales. No hubo servicio de ferrocarriles Enafer-Perú y quedaron paralizados el transporte y los viajes a Puno y Cusco, es decir, casi todo el sur peruano. El servicio de transportes urbano funcionó a medias. Luego, a partir de los días 24 y 25 retornaría la «normalidad» como acostumbran decir los periodistas y los funcionarios gubernamentales<sup>11</sup>.

Los transportistas habían cedido, al parecer, a una amenaza del Comando Político Militar el cual en un comunicado decía:

«... recordar la obligación que tienen los transportistas en cumplimiento de las concesiones que el Estado les ha otorgado... Toda paralización dará lugar a la aplicación de las sanciones estipuladas en el Reglamento para transporte colectivo de pasajeros... Dicho Reglamento fija desde la aplicación de multas de tipo económico hasta la cancelación del servicio que prestan, si ésta (la paralización) se prolonga por más de 48 horas».

Por lo demás, se había dispuesto el control de todas las rutas. Los transportistas son, cada vez más un sector bastante complicado y nunca se puede estar seguro de la actitud que van a tomar cuando se trata, por ejemplo, de asumir una Plataforma de Lucha que recoja reivindicaciones obrero-populares<sup>12</sup>.

11 Fue en el semanario *Unidad*, vocero del Partido Comunista Peruano, que se publicaron noticias acerca de las febriles actividades sindicales y políticas del señor Valentín Pacho y demás dirigentes de la Federación Departamental de Trabajadores de Arequipa.

12 Los sindicatos y federaciones de choferes en el Perú, al parecer también en otros países de América Latina, aparentan ser solidarios con las luchas de los demás trabajadores e inclusive se declaran «clasistas» pero, en la realidad, los traicionan con frecuencia. Esto terminó haciéndose descaradamente habitual en las últimas décadas del siglo xx. Recordar que en Chile tuvieron activa intervención en el derrocamiento del gobierno socialista del presidente Salvador Allende. En el Perú, el introductor de la maniobra y de la inconsecuencia política en el campo sindical fue el Sr. Juan P. Luna, secretario general de los choferes de los años 50. Cuando en los años 60 era criticado por los militantes de izquierda, solía responder: «nunca he dejado de ser pobre y sigo viviendo el mismo callejón de un solo caño». Claro está, no era su condición social lo que estaba en debate. De todos modos, en honor del Sr. Juan P. Luna, debemos decir que es en la historia de los sindicatos de choferes de los últimos 50 años, que se pueden encontrar los peores ejemplos de dirigentes oportunistas y reaccionarios. Las experiencias de los últimos tiempos, nos permiten sostener que sólo cuando los movimientos de masas son fuertes o están en ascenso, los choferes terminarán plegándose a las acciones de lucha.

Como si gran parte del país no estuviera turbulento en aquellos días y semanas y como si la región central pudiera haber estado al margen de ello, con fecha 17 de junio apareció publicado en la prensa limeña un comunicado como el que sigue:

«El Jefe Político Militar de la Sub-Zona de Seguridad Nacional «E» pone en conocimiento de la ciudadanía de los departamentos de Huánuco, Pasco, Junín, Huancavelica y Ayacucho lo siguiente: 1.- Que la SZSN «E» se encuentra en completa calma, demostrando la ciudadanía, de este modo, su madurez cívica y hacia las medidas de sacrificio para la reactivación económica adoptadas por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada». etc.

A pesar de esa afirmación oficial, surgieron acciones de protesta en diversos puntos de la región central. Para empezar se produjeron disturbios en Huamanga (Ayacucho). Con fecha 22 de junio, el diario *La Prensa* informaba que habían sido detenidas más de 50 personas entre profesores y estudiantes universitarios; un día después, el mismo diario se refería a más de un centenar de detenidos. Según la misma fuente, se implantó en toda la provincia (no sólo en la ciudad), a partir del 23, el Toque de Queda de 8 de la noche a 5 de la mañana. Las clases universitarias se suspendieron formalmente hasta el 5 de julio. También, se movilizaron estudiantes de colegios en la ciudad de Huanta e inmediatamente fueron suspendidas las labores escolares. A nadie que estuviera medianamente informado sobre la política peruana podía tomar por sorpresa el que los pueblos de Huamanga y Huanta se levantarán para condenar el «paquetazo» Piazza. A lo largo de la dictadura militar, desde 1968-69, protagonizaron numerosas luchas, como el levantamiento de Huanta en 1969 o la masiva y violenta movilización estudiantil-popular en la plaza de Armas de Huamanga en 1972, rechazando la presencia del grupo de inteligencia que dirigía Sinamos.

En los centros mineros de Cerro de Pasco, nacionalizados unos años antes, se sucedían conflictos entre la mayoría de trabajadores clasistas y reducidos grupos que apoyaban el gobierno. Estos pretendían capturar la dirección sindical. Precisamente el Sindicato de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos de Cerro de Pasco denunció ante el Ministerio del Interior la violenta ocupación de su local por un grupo gobiernista. También en otros centros mineros de la región sucedían persecuciones y encarcelamientos, en especial de dirigentes. La Federación de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos del Centro, con sede en La Oroya, denunciaba que continuaba encarcelado, desde el 4 de junio, su secretario general Cornelio Rivera Trinidad, bajo los cargos de «agitación laboral y sabotaje a la producción». Los trabajadores mineros del centro, tuvieron varios y fuertes en-

contronazos con el gobierno militar, más o menos desde 1970. Justamente ese año, varios miles de trabajadores con sus esposas y sus hijos hicieron una larga marcha a Lima para exigir la solución de su pliego de reclamos (todavía eran los tiempos de la Cerro de Pasco Corporation). Puede decirse que el ingreso a la capital de esa enorme masa humana, aparte de constituir una especie de insolencia proletaria ante los militares en el poder que así mismos se consideraban revolucionarios, en cierta forma inauguraba movilizaciones similares de trabajadores de diversas provincias que después se hicieron frecuentes en el curso de las dos décadas siguientes. El liderazgo de los mineros del centro, uno de los más radicalizados del país durante el gobierno velasquista, era uno de los más importantes escalones del proletariado peruano<sup>13</sup>.

Con motivo del Día del Campesino, 24 de junio, el presidente Morales Bermúdez prefirió viajar a la región central del país y seguramente debido no a una simple casualidad sino, más bien, a un interés político en medio de aquella coyuntura nacional tan agitada. En Cerro de Pasco hizo un recorrido por las instalaciones de Centromin Perú y luego se trasladó a la cercana comunidad de Rancas —escenario de prestigiosos movimientos campesinos novelados por el escritor peruano Manuel Scorza— donde presidió un acto en el que entregó 3 mil hectáreas de tierras a familias campesinas. En su discurso, el presidente condenó a «conocidos vendedores de ilusiones, profesionales de la demagogia, (que) pretenden crear situaciones de conflicto a través de falsas promesas y programas de imposible realización...» Se refería probablemente, en primer lugar, a ciertos sectores sociales y políticos que reclamaban la continuidad y profundización de la Reforma Agraria velasquista quienes, al mismo tiempo, ejercían el control sindical y político de buena parte de organizaciones campesinas como por ejemplo, las ligas agrarias en provincias y la Confederación Nacional Agraria (CNA). En segundo lugar, el presidente dirigía sus baterías contra agrupaciones de la izquierda revolucionaria que, según la versión oficial, promovían la «agitación» y el «desorden» en el país.

13 El proletariado minero del Centro tenía una larga historia de combate que había arrancado por lo menos en la crisis de los años 30. Durante el gobierno del general Velasco Alvarado, en 1971, una huelga decretada por la respectiva Federación y acatada en la totalidad de sus 15 o 16 bases (situadas en los departamentos de Cerro de Pasco, Junín, Lima y Huancavelica) fue reprimida salvajemente; fueron masacrados los mineros de Cobriza y los de los otros centros mineros, fundamentalmente dirigentes, fueron encarcelados y enviados a la colonia penal de El Sepa en la región de la selva. Luego, cientos de trabajadores y sus familiares, marcharon a Lima y lucharon por espacio de varios meses reclamando la reposición de los despedidos y la libertad de los presos. Pocos años después, 1974, vino la nacionalización y lo que fue la empresa imperialista Cerro de Pasco Corporation se convirtió en Centromin bajo administración estatal. El liderazgo de los trabajadores se mantuvo en su línea clasista y de combate.

## *Huelga de trabajadores de Toquepala e incidentes en Tacna*

El 22 de junio fue apresado y encarcelado el señor Víctor Cuadros, trabajador de las minas de Toquepala y secretario general de la Federación Nacional de Mineros y Metalúrgicos del Perú. En las circunstancias nacionales de entonces, el nombre de aquel dirigente era fácilmente asociable a lo que el oficialismo llamaba «agitación y subversión». Víctor Cuadros era no sólo el más alto dirigente de una de las más grandes y poderosas Federaciones del país; también, como tal, mantenía una posición de abierta crítica a la dirección de la CGTP, la cual había brindado apoyo al gobierno reformista de Velasco y todavía continuaba haciéndolo al de Morales Bermúdez. Precisamente con ese transfondo de discrepancias y conflictos, Cuadros encabezó, en verano de 1973, la ruptura y desafiliación de la Federación Minera de la CGTP<sup>14</sup>.

Frente a la detención de su dirigente y reclamando su inmediata libertad, los cinco Sindicatos de Trabajadores de la Southern Perú Cooper Corporation (6 mil trabajadores) decretaron una Huelga General. Este se inició el 25 de junio y se prolongó por más de una semana, haciendo aún más tensa la situación en el sur del país y complicando los apuros del gobierno militar. Sobre el desenvolvimiento de la huelga minera, diariamente los periódicos limeños informaban de manera confusa y contradictoria. Desde luego, esos informes eran de factura oficial y buscaban desorientar a la población y particularmente a la clase obrera.

Cuando los informes oficiales habían, en cierta forma, creado la sensación de que la huelga había terminado, se supo que el 30 de junio había sido implementado el Toque de Queda en la ciudad de Tacna, de 9 de la noche a 5 de la mañana. Fue una respuesta a incidentes de ese día que habían comenzado con una marcha de estudiantes universitarios y se prolongó más tarde con marchas de contingentes de pueblos jóvenes y vendedoras de mercadillos. Los resultados de las movilizaciones y la consiguiente represión fueron trágicos: 2 muertos, 15 heridos... También fue cerrado el tráfico de carga y de pasajeros en la frontera.

En Moquegua, en la misma fecha, quedaron suspendidas las labores escolares, luego de movilizaciones realizadas por estudiantes de una Escuela Profesional ubicada a 5 kilómetros de la capital departamental.

14 Un miembro y alto dirigente del Partido Comunista Peruano (Unidad), el abogado Ricardo Díaz Chávez, llegó a ser uno de los asesores sindicales con mayor prestigio y autoridad en el país. Producidos el golpe militar de 1968 y la instauración del gobierno del general Velasco Alvarado, Díaz Chávez prosiguió impulsando las luchas sindicales fundamentalmente por los «Pliegos de Reclamos» y, entre esas luchas, las más potentes fueron las de los trabajadores mineros. El Dr. Díaz Chávez se dio el lujo de ganarles varias batallas a los ministros de Trabajo de entonces. En el verano de 1973, este abogado fue expulsado de las filas de aquel Partido Comunista y, poco después, terminó deportado por el gobierno militar. Estuvo exiliado en México. Producida su expulsión partidaria, el liderazgo del proletariado minero, encabezado por Víctor Cuadros, desafilió de la CGTP a su respectiva Federación de Trabajadores Mineros.

### *Fines de junio: terminan los primeros 20 días agitados*

En el curso de los primeros 20 días, desde el mensaje del ministro empresario Piazza Tanguis, los acontecimientos nacionales marcharon con suma celeridad.

El descontento popular por las medidas económicas y por la política general del gobierno, fue haciéndose cada vez más amplio, expresándose fundamentalmente en los centros mineros y en las ciudades: en especial en las capitales de departamentos y provincias. La intensidad y variedad de los sucesos urbanos eran bastante elocuentes como para no percibir que en el Perú se estaba iniciando una nueva etapa de luchas de los explotados y dominados por el capital.

En las dos terceras partes del país, el centro y el sur, el descontento, la protesta y la resistencia se habían mostrado sumamente activas y el gobierno no había atinado a dar otras repuestas que no fueran la violenta represión policial y la implantación del Toque de Queda. Mientras tanto, en la parte norte del país sólo habían ocurrido pequeñas y rápidas movilizaciones de estudiantes como, por ejemplo, en la ciudad de Trujillo; cuando finalizaba el mes de junio, no se contaban con mayores noticias, provenientes del norte, que pudieran dramatizar aún más el desesperado aislamiento del gobierno: todavía no parecían salir de su pasividad –o repliegue– los trabajadores de las inmensas cooperativas azucareras o los moradores pobres de los pueblos jóvenes del propio Trujillo y de Chimbote. Tampoco habían mayores noticias sobre movilizaciones de los pueblos de la selva.

Pero, a pesar de la pasividad que se observaba en el norte, la situación nacional había sido fuertemente removida hasta esos momentos. El gobierno ya no podía ocultar los hechos y menos distorsionarlos. Tan eran así las cosas que el ministro del Interior, general Cisneros Vizquerra, enfrentando a las preguntas de unos periodistas, tuvo que hacer las siguientes declaraciones:

- Están detenidos 17 o 18 personas en Lima, no conozco el total en el país, porque en cada área la autoridad política militar actúa y, de ser necesario, practica detenciones de acuerdo a los acontecimientos.
- En el Cusco hubo en un momento 98 detenidos, algunos de los cuales han sido puestos en libertad, sólo que quedan aquellos que tienen antecedentes y están calificados como agitadores, hubo un muerto en el Cusco, un civil...
- La situación en Arequipa está controlada y en el Cusco es más o menos normal, están un poco movidos en Ayacucho...
- En el norte hay tranquilidad absoluta. Sólo estuvieron movidos Arequipa, Cusco, Puno y Ayacucho.

De otro lado, el ministro de Educación, general Otto Eléspuru, declaraba que los desfiles escolares por Fiestas Patrias quedaban suspendidos «por no concordar con las medidas de austeridad». No se trataba, claro está, de problemas de

austeridad sino de agudización de los conflictos políticos. Estaba siendo cuestionada la permanencia de la dictadura militar, desde la izquierda, desde el centro y desde la derecha y con la visible intervención de los movimientos obreros y populares.

En efecto, los hechos importantes de esas semanas no eran sólo enfrentamientos entre gobierno militar y movimientos de masas, aunque eran éstos los que aparecían de manera notoria para todo el mundo. Al ritmo de desarrollo de los enfrentamientos, se operaban también otras cuestiones: la evolución de las relaciones entre el gobierno y los partidos políticos, varios de los cuales (APRA, AP y PPC) reclamaban prontas Elecciones Generales; las tensiones y conflictos al interior del aún pro-gobiernista Partido Comunista Peruano (Unidad) que ostentaba la hegemonía de la dirección política de la CGTP; intensas discusiones, diferencias y, a su vez, coordinaciones de las diferentes agrupaciones de la izquierda revolucionaria que año tras año habían agitado y generalizado la consigna de Paro Nacional en abierta crítica al PCP (U) y a la dirección de la CGTP; finalmente, ocurría un rápido proceso de resquebrajamiento y fraccionamiento de organismos gremiales de corte corporativo, creados durante la primera fase del gobierno militar.

Partidos políticos como el APRA, Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC), habían desplegado algo así como una «ofensiva electoral», al término del año 1976 y los primeros meses de 1977, acentuando sus críticas a la «dictadura militar» (que de hecho lo era) y responsabilizándolo, en tanto que «dictadura», del agravamiento de la crisis económica y reclamaban la convocatoria a Elecciones Generales para la restauración de la democracia parlamentaria y del gobierno democrático<sup>15</sup>. Al mismo tiempo, el presidente Morales Bermúdez y la camarilla militar que lo rodeaba daban a la publicidad un engendro ideológico-político conocido como el «Plan Túpac Amaru», destinado a servir como documento base en los debates acerca del relevo de los militares por los civiles en el manejo del Estado. La propuesta básica en dicho documento apuntaba a la legalización de las realizaciones reformistas y de las nuevas formas del Estado

15 Si bien los tres partidos mencionados reclamaban elecciones todo el tiempo, sólo el APRA había brindado apoyo o justificado políticamente las realizaciones nacionalistas y reformistas del gobierno de las Fuerzas Armadas, argumentando que estaban inspiradas en los programas primigenios de ese partido. AP y el PPC, simplemente eran partidos de derecha o, en el mejor de los casos, conservadores. De otra parte, desde el seno del proletariado y masas populares, nunca surgieron demandas de Elecciones Generales y, más bien, en la inmensa mayoría de los casos —especialmente a través de su liderazgo de orientación clasista— siempre mostraban su desconfianza en una salida política electoral. El PCP(U) y los partidos y agrupaciones de la izquierda revolucionaria, desde el Golpe de Estado de octubre de 1968 nunca incorporaron esta cuestión en sus debates sobre las perspectivas de las luchas políticas en el Perú. No se tomó como referencia ni siquiera el caso del gobierno socialista del presidente Salvador Allende que había llegado al poder a través de elecciones democráticas.

capitalista o, mejor, del capitalismo de Estado. Lo que quedaba por discutir se reducía, en realidad, a los mecanismos a ser adoptados para viabilizar aquella legalización. Ya en circulación el documento y luego de realizadas algunas reuniones –no necesariamente oficiales– en Palacio, los mencionados partidos políticos pasaron rápidamente de la «ofensiva electoral» al entendimiento con el gobierno que aún tenía fuertemente empuñadas las manijas del aparato del Estado. Y ese entendimiento fue consolidándose precisamente durante abril, mayo y junio de aquel año tan candente y agitado. En el curso de esos meses se llevaron a cabo reuniones oficiales entre el presidente Morales Bermúdez y altos dirigentes apristas, acciopopulistas y pepecitas y, también, de algunas otras agrupaciones políticas menores; el único partido del campo de la izquierda llamado a «dialogar» en Palacio fue el PCP (Unidad).

El entendimiento entre el gobierno y sus principales adversarios políticos del campo de la democracia y de la clase dominante (o muy próximos a ésta), fue posible gracias a la aceptación de realidades muy simples: para empezar, los militares no estaban dispuestos de modo alguno a marcharse del gobierno en un plazo corto; segundo, la convicción de que no era posible para ningún sector de la burguesía asumir el control directo del Estado vía elecciones de manera inmediata; tercero, el reconocimiento de que el gobierno de Morales Bermúdez, era el gobierno de la burguesía (digamos, del capital y sus empresarios) y que tenía el propósito de «superar» la crisis económica golpeando, aún más, las muy deterioradas condiciones de existencia de la clase obrera y trabajadores en general. De esa manera fue asumido como acuerdo un «cronograma político» para la «transferencia del poder político a los civiles» y, al parecer, con predominio de la propuesta aprista: Asamblea Constituyente 1978-1979 y Elecciones Generales en 1980. Si bien se trataba de un acuerdo («pacto de caballeros»), el PPC y los elementos más derechistas de AP mostraban sus reticencias (poco antes, habían exigido elecciones inmediatas); mientras tanto el liderazgo aprista, con Haya de la Torre en la suprema jefatura partidaria, se disponía resueltamente a transitar, una vez más en su larga historia, por el siempre intrincado y riesgoso camino de la lucha electoral. Unos y otros, con mayor o menor énfasis, habían llegado a las paces con el gobierno; sin embargo, eso no era sinónimo de apoyo y menos de identificación. Como es fácil imaginarse, eso era, y no más, lo que requería el gobierno, precisamente cuando arreciaban las tempestades populares de junio-julio<sup>16</sup>.

16 Efectivamente, el gobierno del general Morales Bermúdez sólo necesitaba que cesaran los cuestionamientos y críticas a su gestión por parte de los partidos que exigían Elecciones Generales. Lo consiguió. Luego, como respuesta a ese gesto (políticamente interesado), el 28 de julio anunció la «transferencia del poder a los civiles». En lo que respecta al liderazgo aprista, podemos mencionar algunos de los nombres ilustres que actuaban bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre: Luis Alberto Sánchez, Ramiro Prialé, Fernando León de Vivero, Armando Villanueva del Campo, Andrés Townsend Escurra, Carlos Enrique Melgar, Javier Valle Riestra,



El factor de la espontaneidad en los estallidos juveniles y populares de uno y otro sitio y el rápido ascenso de los movimientos de masas, a partir del mensaje del ministro Piazza, también impactó seriamente a las propias organizaciones sindicales y políticas del campo obrero-popular. Nada podía continuar como había sido hasta entonces, en tiempos «normales». Aunque imperceptiblemente, se procesaban una serie de cambios en la vida muchas veces anquilosada de organizaciones enteras y especialmente de sus rangos dirigenciales. En la coyuntura política que nos ocupa, los mayores conflictos y tensiones se desarrollaban particularmente al interior del Partido Comunista Peruano (Unidad) y, estrechamente vinculado a ello, al interior de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). La lucha interna en dicho partido se desarrollaba entre dos tendencias básicas: entre aquella que postulaba la prosecución del llamado «apoyo crítico» al gobierno militar, exigiéndole rectificaciones y la profundización de la «revolución peruana» y otra que pensaba que ya había llegado la hora de la ruptura con ese gobierno, puesto que no había ya ninguna revolución en marcha. Los debates y jaleos tenían lugar cuando hacía ya buen rato circulaba en diversos sectores de trabajadores y en las bases del propio partido la consigna de Paro Nacional, a través de pronunciamientos e infinidad de volantes procedentes mayormente de las numerosas agrupaciones y tendencias de la izquierda revolucionaria.

Puesto que el control de la dirección de la CGTP era casi total por parte del PCP (U), la lucha interna era sustancialmente la misma tanto en la instancia partidaria como en la central de trabajadores. El desenlace de esa lucha, ciertamente soterrada, era demasiado importante para la clase obrera y los movimientos de masas en esa coyuntura. De darse la ruptura con el gobierno (aunque no necesariamente con las ilusiones nacionalistas-reformistas), la CGTP, como la más representativa y prestigiosa organización de los trabajadores, asumiría las urgentes tareas que sus bases planteaban y se constituiría en el eje de una movilización que sería la más amplia y centralizada posible de esos tiempos. Las cosas apuntaban en ese sentido, pero al finalizar junio todavía no se conocía algo preciso. No hay que olvidar que las tendencias moderadas y más acentuadamente conciliadoras tenían en agenda, como cuestión prioritaria, negociar con el gobierno un lugar aceptable en las futuras elecciones. Entre tanto, en el semanario

etc. Entre los dirigentes todavía jóvenes de entonces, pueden ser mencionados Hilda Urizar, Mercedes Cabanillas, Carlos Roca, Alfonso Ramos Alva, Luis Alva Castro, Jorge del Castillo, Luis Negreiros Criado y otros. El hoy presidente Alan García, parece que se encontraba estudiando en Madrid o París. Fue conocido como personaje público recién en enero de 1978, cuando retornó a Lima acompañando al jefe del partido Haya de la Torre quien también volvía después de una temporal residencia en Europa para encabezar la campaña electoral del APRA a la Asamblea Constituyente. En esa oportunidad, Haya de la Torre presidió un mitin de su partido en la Plaza San Martín.

*Unidad*, vocero oficial del partido, no aparecía ni remotamente una sola palabra a favor de una convocatoria al Paro Nacional<sup>17</sup>.

Las agrupaciones de la llamaba «izquierda revolucionaria», tampoco podían quedar, como ya se ha anotado, al margen de cambios, tensiones y discrepancias en sus filas. Por ahora, basta señalar dos o tres casos: 1) El Partido Comunista del Perú (Patria Roja), de filiación maoísta y línea pro-china, planteaba la posibilidad y la necesidad de un Paro Nacional y en ese sentido asumía las tendencias en curso; pero, dicho paro debía realizarse, según sus dirigentes, por fuera de la CGTP (sin la CGTP o inclusive contra ella) por considerar que su dirección manejada por el PCP (*Unidad*) no podría dejar de ser oportunista y conciliadora; según Patria Roja, las luchas populares debían ser centralizadas en torno al Comité de Coordinación y Unificación Sindical Clasista (CCUSC), organismo creado con cierta vitalidad a fines de 1974 pero que a mediados del 77 era de muy escasa representatividad, pronunciadamente sectario y hegemónico. Parece probable que fue entonces que surgieron diferencias significativas en la dirección de Patria Roja y que más tarde terminarían en rupturas y fraccionamientos. 2) Agrupaciones políticas, de orientación general maoísta y provenientes de fraccionamientos del MIR y Vanguardia Revolucionaria, se vieron obligados a ensayar aproximamientos mutuos con miras a la conformación de una coalición que les permitiera actuar con mayor presencia en plano nacional; sus reuniones y discusiones se prolongarían hasta las vísperas mismas del Paro Nacional. 3) Las agrupaciones trotskistas, cada una de ellas muy activas y ruidosamente sectarias y no siempre dispuestas a poner en práctica una política de frente único, pero también urgidos de una presencia mucho más notoria en la escena nacional, avanzaban a la formación de una «coordinadora trotskista». Otras organizaciones de izquierda, no subordinadas a determinados centros metropolitanos del movimiento comunista internacional, también habían intensificado los impulsos a la centralización y unificación de las luchas pero sin todavía salir de sus pequeños reductos.

Vale la pena recordar y precisar aquí, que casi todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria habían contribuido a la creación del CCUSC pero que Patria Roja fue la principal fuerza desde un primer instante. A partir de su II Asamblea Nacional, a fines de 1975, el CCUSC quedó convertido en nada más que apéndice de Patria Roja, desvirtuándose su inicial contenido y función; claro está, ello fue posible debido seguramente a ciertas inconsistencias y vacilaciones de las demás tendencias clasistas. En fin, el plan de hacer del CCUSC una

17 Parece que a la dirección del PCP (U), enredado en sus peleas internas, no le fue posible expresar abiertamente que a la corta o a la larga apoyarían un Paro Nacional. Si se revisa el semanario *Unidad*, no se encontrarán referencias a favor de esa medida, durante el excepcional tiempo transcurrido entre el 10 de junio y el 19 de julio.

nueva central nacional de trabajadores no podía prosperar y no prosperó. Año y medio más tarde era apenas un nombre. Por todo eso, seguramente, de allí hacia adelante dejó de existir. Los perdedores fueron, evidentemente, los sectores y capas más consecuentes y combativos del proletariado que habían concurrido a su creación.

Luego, habrá que señalar las modificaciones en la orientación y desenvolvimiento de las organizaciones gremiales de corte corporativo que habían sido creadas por el gobierno velasquista y heredadas por el de Morales Bermúdez. Aparte del derrocamiento, por acción de sus bases, de los elementos emelleristas (MLR) que se habían enquistado en la dirección de la Federación de Pescadores del Perú, ahora la dirección de la Confederación Nacional Agraria afirmaba su autonomía e independencia respecto del gobierno, y, por si eso fuera poco, el Comité Regional de Lima de la CTRP rompía con su matriz nacional y se separaba de ella. En suma, no quedaba una sola entidad corporativa forjada o impuesta en el campo popular que no sufriera alguna magulladura.

*Primera quincena de julio: se agudizan los conflictos  
y se universaliza la exigencia de Paro Nacional*

Al iniciarse el mes de julio, aún no habían sido atendidos por el gobierno los problemas que dieron lugar a la huelga de los trabajadores de Toquepala y anexos. Más bien, tales problemas parecían tender a su agravamiento. La huelga fue declarada «ilegal» y se emitía un Decreto Ley que declaraba en emergencia la industria minera. De ese modo, el gobierno presionaba y amedrentaba para que la huelga fuera levantada.

En esas mismas circunstancias, de otro lado, se intensificaban las actividades de agitación por parte del Sutep para asegurar el Paro Nacional de unos 120 mil maestros de primaria y secundaria el día 5, es decir, casi de inmediato. En realidad desde meses antes el Sutep tenía programada la paralización de las actividades escolares. Por sus antecedentes de éxito en confrontaciones con el gobierno militar de las dos «fases» (el del Gral. Velasco Alvarado y el del Gral. Morales Bermúdez), el Sutep avanzaba, sin que nadie pudiera contenerlo, salvo la represión armada, a otro de sus éxitos el 5 de julio de 1977. Con ello, además de luchar por la solución de su propio pliego de reclamos, el magisterio se sumaría a la tempestad de protestas que no se sabía cuando amainaría<sup>18</sup>.

18 El Sutep fue fundado en 1971. Se mantuvo en la oposición y combatió al gobierno del general Velasco Alvarado, en particular a su política educativa. También, con mayor razón, se enfrentó al siguiente gobierno del general Morales Bermúdez. Aunque no reconocida legalmente hasta 1984, el Sutep ganó reconocimiento y legitimidad ante sus propias bases y ante el país, por su trayectoria de combate a las dictaduras y por su inquebrantable defensa de los derechos de los miles y miles de maestros. Su primer secretario general fue el profesor Horacio Zeballos Gámez.

Intentando contrarrestar esa inminente materialización del paro sutepista, el Ministerio de Educación hizo el consabido llamado al «sentido de responsabilidad» de los maestros para que no acataran la decisión de su gremio y su dirigencia; a su vez, advirtió que su portafolio castigaría con la separación (de su carrera profesional) tanto a los organizadores del paro como a quienes se subordinaran a ello. Curiosamente, en esos mismos instantes, vísperas de la acción de fuerza, hizo pública su participación en esta la Fentep, fantasmal agrupación magisterial, criatura paralelista del PCP (Unidad), que en años anteriores había intentado vanamente desplazar a los maoístas «pro-chinos» de la dirección del movimiento magisterial. Este hecho, de significado más político que gremial, dejaba al gobierno sin aliado alguno en las filas de los educadores peruanos<sup>19</sup>.

Aún en esa situación de aislamiento, el gobierno se dio maña para alardear un poco más. Por ejemplo, hizo que el 3 de julio el Presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, general Molina Pallochía, prestara ante la prensa las siguientes declaraciones.

- Los disturbios ocurridos en semanas pasadas en diferentes puntos del interior del país, ya fueron controlados. En la actualidad la situación se muestra muy tranquila...
- Esos disturbios no se les puede considerar como una reacción espontánea de la población a las medidas económicas puestas en vigencia por el Gobierno Revolucionario...
- Esos movimientos fueron perfectamente organizados y preparados por los enemigos del Proceso Revolucionario. Esto se demuestra por la forma tan coordinada como se produjeron.
- (Acusó de subvertir el orden a elementos de la ultrazquierda –en las universidades–, al Sutep en los colegios y al CCUSC en las áreas laborales).

Los militares en el gobierno, tanto como los civiles, siempre creen o quieren hacer creer que los movimientos de masas en contra de sus dominadores y explotadores obedecen principalmente –o exclusivamente– a decisiones y consignas de dirigentes y partidarios políticos. Con esa visión epidérmica de las cosas, no perciben que las luchas de masas surgen, con frecuencia, desde zonas más profundas y permanentes de la existencia colectiva. Por eso, imaginaban

Llama la atención que el segundo gobierno del presidente Alan García haya desencadenado acciones prepotentes y arbitrarias destinadas, en realidad, al descabezamiento y a la derrota sindical y política de este movimiento magisterial que cuenta con 35 años de historia combativa.

19 Para oponerse al Sutep, cuya dirección estaba hegemonizada por el maoísta PCP (Patria Roja), el propio gobierno militar impulsó la formación del Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana (SERP) y, por su parte, el Partido Comunista (Unidad) del Fentep. Estos dos organismos burocráticos y paralelistas fracasaron estrepitosamente en todas las confrontaciones electorales con el Sutep y de esa manera terminaron extinguiéndose.

los militares que el paro del Sutep podría no ser acatado y que un Paro General de todos los sectores de trabajadores podría ser impedido con sólo despedir o encarcelar a sus dirigentes. Y, en este caso, hay que recordar reiteradamente, que despidos y encarcelamientos en el campo sindical eran agresiones cotidianas y crecientes desde 1974<sup>20</sup>.

A pesar de lo que el gobierno pudiera haber esperado y contra toda una campaña de desprestigio desplegada por la televisión, por las radioemisoras y periódicos, llegado el 5 de julio, el paro del Sutep se realizó de manera casi unánime a nivel nacional, acompañado en algunos lugares por movilizaciones de estudiantes secundarios. Como de costumbre, los medios de comunicación indirectamente reconocían la magnitud del hecho al tener que hablar de «paro nacional». Los dirigentes sutepistas, por su parte sostenían que la paralización había sido acatada por el 90% de maestros. Esto era, en todo caso, lo más próximo a la realidad.

Por otra parte, asociadas al exitoso Paro Magisterial recrudecieron movilizaciones de otros sectores populares en diversos puntos del país (Cusco, Huancayo, Tacna, etc.), agitando la consigna cada día más extendida de ¡PARO NACIONAL! Esta situación habría apresurado, también, la deportación del destacado dirigente minero Víctor Cuadros Paredes, de la cual dio cuenta el Ministerio del Interior indicando «su responsabilidad directa en la paralización de labores producida en el asiento de Toquepala y en la fundición existente en Ilo ... la detención se produjo en circunstancias en que realizaba acciones de agitación y proselitismo político...».

*Renuncia del ministro Piazza.*- El 6 de julio, renunciaba el ministro de Economía Walter Piazza Tanguis, habiéndose mantenido en el cargo sólo durante 50 días. El paro del Sutep había revelado que las aguas continuaban muy movidas en todo el país y que podrían ser aún mucho más intensas en semanas siguientes. En su carta de renuncia, este problema obviamente no fue aludido por Piazza. Más bien, prefirió hablar de otras cosas que seguramente también eran ciertas:

«Mis planteamientos conceptuales sobre el problema y el curso de acción que pienso es necesario adoptar, han sido propuestos en mi exposición

20 En el sector de ensambladoras y metalúrgicos de Lima y Callao, como en otros sectores, fueron despedidos selectivamente desde 1974 los secretarios generales y otros principales dirigentes de sindicatos. En su mayoría, si no en su totalidad, eran de orientación clasista y estaban afiliados a la CGTP. De otro lado, muchas de las organizaciones de izquierda revolucionaria, habían desplegado sistemáticamente acciones de agitación, desde 1972-1973, básicamente en los medios sindicales, para que se llevara a cabo un Paro Nacional en el Perú. En ese sentido, se criticaba y se presionaba a la dirección de la CGTP. De todas maneras, estaba en marcha lo que sería el Paro Nacional y este fue pleno y rotundo precisamente en los centros de trabajo donde se habían estado sucediendo los despidos de dirigentes sindicales.

televisada y sesiones del Consejo de Ministros. Al no haber logrado concordancia con la mayoría de los miembros del Gabinete en lo referente a los aspectos conceptuales, he considerado conveniente tomar la decisión de renunciar».

En días siguientes se produjo una avalancha de pronunciamientos públicos, tanto de organizaciones políticas como de organizaciones sindicales, acerca de aquella renuncia y lo que podría ser la futura política económica del gobierno. Algunos de esos pronunciamientos pertenecían al PCP (Unidad), al PSR, CNA, etc., para decir casi al unísono, por ejemplo, «La renuncia de Piazza es una conquista del pueblo... Es necesario materializar una alternativa democrática y popular», etc.

De otro lado, se irían multiplicando pronunciamientos con críticas mucho más enfáticas y radicales, inclusive más allá del universo estrictamente sindical y político.

*Carta Pastoral en templos de Cusco y Puno.*- En efecto, la Iglesia y determinados sectores de ella también se incorporaban a la trinchera de protestas contra el cinismo y brutalidades de las camarillas que ejercían el control del Estado. En los templos de Cusco y Puno se leyó una **Carta Pastoral** de 5 obispados de esos departamentos. Al parecer, se dio lectura al documento el 10 de julio. Algunos de sus párrafos fueron:

«**Hechos:** El sufrimiento de nuestro pueblo se ha manifestado, a su manera de entender y con los medios a su alcance, en una serie de protestas populares en Puno, Juliaca, Cusco, Ayaviri, Sicuani, Juli, muchas provincias de la región y otras partes del Perú.

«Esta protesta popular, como expresión de justos reclamos ha sido violentamente reprimida con un penoso saldo de muertos, heridos, detenidos y desaparecidos cuyo paradero se ignora por falta de información.

«**Denuncias.**

- La violencia de la represión y la voluntad de atemorizar al pueblo.
- El sistema económico, social y político que no toma en cuenta los intereses de la mayoría.
- El hecho de que una minoría privilegiada descargue el peso de la crisis económica en los hombros de los sectores populares.

«**Peticiones.** Anhelamos para nuestra patria la paz, cuya base es la justicia y el respeto de los Derechos Humanos, pedimos:

- Cese de la represión y amedrentamiento.
- Información exacta sobre los muertos y desaparecidos.

- Libertad para los detenidos.
- Cese del alza del costo de vida, especialmente en los productos de primera necesidad, transportes y gasolina.
- Precios y salarios justos para los campesinos y trabajadores.
- Asumir todos la austeridad que exige el momento actual, suprimiendo los privilegios económicos.
- Plena información y libertad de expresión para el pueblo.
- Respeto a las organizaciones independientes del pueblo y a su capacidad de decisión sobre los principales problemas que nos afectan.
- Restablecimiento de las garantías constitucionales.
- Un ordenamiento social basado en los intereses de las mayorías.

El lenguaje empleado en aquel documento, no es distinto del que empleaban los dirigentes sindicales clasistas o los partidos de izquierda. El hecho que el documento proceda de un sector de la Iglesia Católica, ayuda a pensar de cuán generalizado eran el descontento y la repulsa ante el gobierno militar de la «segunda fase». Seguramente, aquella Carta Pastoral estuvo inspirada en el discurso crítico del movimiento Teología de la Liberación y de su fundador, prestigioso intelectual y dirigente el padre Gustavo Gutiérrez. Veremos, luego, que las peticiones de los obispos serán casi las mismas de la Plataforma de Lucha que enarbolaron la CGTP y el CUL.

*Resurgen movilizaciones en provincias.*- A esas alturas del conflicto entre el Estado y los trabajadores y masas populares, en la región norte del país llegaba a su término el aparente silencio. En Trujillo reventó algo que las autoridades habían tratado de contener durante varias semanas: la movilización de moradores de pueblos jóvenes protestando por el alza de pasajes en más del 50% (como había ocurrido en todo el país) y reclamando su inmediata rebaja o anulación. A pesar de la severa advertencia formulada por el Jefe Político Militar de la región anunciando «que las fuerzas del orden impedirán cualquier tentativa de marcha», ésta se realizó el 12 de julio. La idea era confluir hacia el centro de la ciudad. Los más gruesos contingentes de manifestantes procedían del entonces ya bastante extenso Pueblo Joven La Esperanza, levantado sobre los arenales en la parte norte de la vieja ciudad. En el trayecto se produjeron fuertes choques con las fuerzas policiales. En la refriega resultaron numerosos heridos y detenidos. Como medida de precaución, las autoridades suspendieron las labores escolares.

Simultáneamente, recrudecieron hechos mucho más violentos en la región central. En la ciudad de Huancayo y distritos cercanos, durante dos días consecutivos, 11 y 12 de julio, se enfrentaron con extremado furor manifestantes y policías. Fue decretado el Toque de Queda, de 5 de la tarde a 6 de la mañana (13 largas horas de encierro en sus propias casas, para todos los huancaínos sin excepción!!). Las calles y alrededores quedaron bajo único y absoluto control de

soldados del Ejército. Los disturbios arrancaban en las mañanas y en diferentes puntos, interrumpiendo el tráfico al interior de la ciudad de Huancayo y cortando vías de comunicación entre ella y los pueblos cercanos. Esto terminó afectando a todo el Valle del Mantaro, es decir, a los numerosos distritos y pueblos a ambos lados del río del mismo nombre. Hacia mediodía se cerraban casi todos los establecimientos comerciales. Durante los choques del primer día, resultaron por lo menos 2 muertos y 14 heridos; durante el segundo día, 3 muertos y 22 heridos; los detenidos sumaron varios cientos.

La energía de las acciones de protesta en la región del centro dio lugar, desde luego, a la inmediata suspensión de las labores escolares y universitarias. La interrupción del servicio eléctrico en un gran sector de la zona no pudo ser resuelta sino al cabo de 18 horas.

Durante los mencionados dos días, además de la interrupción del servicio interprovincial de transportes en la propia región del centro, quedaron paralizados los viajes entre Huancayo y Lima incluyendo el servicio de ferrocarriles que en esos tiempos aún funcionaba con regularidad.

Respecto de esos sucesos, el Jefe Político Militar hizo responsables a «grupos de extremistas», sosteniendo que «los sucesos han obedecido a un plan perfectamente concebido con clara intencionalidad política, en los que se han utilizado condenablemente al estudiantado». También prestó declaraciones públicas el Presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada, general Oscar Molina Pallochía, para decir: «El Gobierno ha controlado con mucha prudencia, pero con firmeza, los desórdenes producidos en algunas ciudades del país...». Luego, informó que se había suspendido el Desfile Militar de Fiestas Patrias «por razones de índole económica y por el Estado de Emergencia».

El gobierno militar, vapuleado y arrinconado durante varias semanas, y buscando evitar la prosecución de tan extensa y fuerte marejada, hizo una de sus últimas maniobras: dispuso la rebaja de los precios del pan, la harina y los fideos. El impacto fue nulo. En todo caso, había sido ya muy tarde para ese tipo de movidas políticas desde las alturas.

El presidente Morales Bermúdez, se vio obligado a tener que cancelar sus viajes a provincias que según se comentaba oficiosamente habían estado programados de antemano. En comunicación oficial se decía «El Gobierno está abocado al estudio de los problemas económico-financieros del país, a los que concede máxima prioridad». El presidente no podía ignorar que se realizaban en Lima cada vez más frecuentes y prolongadas reuniones intersindicales, con la finalidad de acordar y dar a publicidad, en cualquier momento, la esperada convocatoria a un Paro Nacional. Si pues. Se estaba decidiendo al final de incontables forcejeos, la intervención de los contingentes mejor organizados y disciplinados de la clase obrera, en la contienda con sus sempiternos enemigos de clase. El presidente y sus ministros no podían dejar de examinar a cada rato la situación y



ver si aún les era posible esquivar lo que se venía. Desde luego, no es posible esquivar y menos detener el curso de acontecimiento de esta naturaleza.

### *Convocatoria al Paro Nacional y disposición de fuerzas*

El 14 de julio, apareció en los medios sindicales y políticos, un documento mimeografiado, suscrito por numerosas organizaciones sindicales y cuya abrumadora mayoría pertenecía a la clase obrera organizada. Formalmente, con dicho documento se convocaba al Paro Nacional tanto tiempo y tantas veces reclamado y exigido en los más diversos centros de trabajadores y centros de masas del Perú.

Las organizaciones firmantes eran: CGTP, CNT, CTRP-Lima; Federaciones Independientes: Federación Gráfica, Federación de Trabajadores Cerveceros, Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, Federación de Trabajadores Hoteleros y afines, Federación de la Industria del Vidrio, Federación Nacional de Trabajadores Metalúrgicos de la Revolución Peruana, Federación de Trabajadores de la Universidad Peruana, Federación Nacional de Trabajadores Petroleros del Perú, Federación de Trabajadores de la Sal, Federación de Trabajadores de Compañías de Seguros, Federación de Pescadores del Perú, Comité de Empresas Administradas por sus Trabajadores, Federación de Trabajadores de Aduanas, Asociación de Obreros y Empleados de la Corpac, Confederación Campesina del Perú y Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos.

El texto del documento era, en realidad, nada nuevo y nada sorprendente para las fuerzas sociales y políticas del campo obrero y popular. Sin embargo, era altamente importante porque recogía planteamientos reivindicativos de los más diversos sectores de trabajadores y los encausaba en un solo rumbo: el de la resistencia contra los capitalistas y su Estado. Ya habían tenido lugar algunos intentos previos en el mismo sentido. Lo que en julio de 1977 estaba produciéndose iba mucho más lejos: hacia la efectiva centralización de las luchas obreras y populares la que, a su vez, podría dar inicio a una nueva etapa de luchas de clases en el Perú.

El texto completo del documento fue el siguiente:

«Las Organizaciones Sindicales abajo firmantes declaramos nuestro más firme rechazo a las medidas económicas implementadas por el Gobierno cuyo objetivo es descargar la crisis económica en las espaldas de los trabajadores y el pueblo peruano.

«Constatamos que estas medidas económicas se traducen en el alza vertiginosa del costo de vida y el congelamiento de sueldos y salarios. Aparejada a esta situación el Gobierno viene desarrollando una violenta ofensiva contra los derechos y conquistas de la clase trabajadora para imponer sus medidas antilaborales y antipopulares. Es así que se continúa restrin-

giendo las negociaciones colectivas, se ha suspendido el derecho de huelga al amparo de lo cual se ha desatado por parte del Gobierno y de la patronal un ola de provocaciones y despedidos que apuntan a dictar una Ley de inestabilidad laboral. Asimismo se interviene en las organizaciones sindicales, se persigue y detiene a los dirigentes con el afán de atemorizar a los trabajadores.

Manifestamos nuestro propósito de defender enérgicamente los derechos y conquistas alcanzadas. En tal sentido levantamos la siguiente plataforma de lucha:

1. Por un aumento general de sueldos y salarios de acuerdo con el alza de costo de vida y contra el Programa de Emergencia de Piazza.
2. Por el congelamiento de los precios de los artículos de primera necesidad.
3. Por la vigencia de los Pliegos Anuales sin topes ni recortes.
4. Por la plena vigencia de la estabilidad laboral (Derogatoria del D.S.011-78).
5. Por la reposición de todos los trabajadores y despedidos. Libertad de los detenidos y repatriación de los deportados por razón de sus luchas sindicales y sociales.
6. Por la vigencia irrestricta de las libertades democráticas (levantamiento de la Ley de Emergencia, Toque de Queda, libertad del derecho de huelga, de reunión, de prensa, libertad de organización, expresión y movilización. No a la intervención en los organismos representativos de los trabajadores).
7. Solución a la crítica situación por la que atraviesan los trabajadores del mar.
8. Por la no intervención en la empresas campesinas y la supresión de la deuda agraria.
9. Por la no intervención de las Universidades.

«Las organizaciones sindicales abajo firmantes, hacemos un llamado a todas las organizaciones independientes y bases de la CTP a unir fuerzas para llevar adelante la plataforma de lucha MEDIANTE EL PARO NACIONAL de nuestras Organizaciones Sindicales, EL DIA 19 DE JULIO DE 1977».

El mismo día 14 en horas de la tarde, el entonces Secretario General Adjunto de la CGTP, José Chávez Canales, anunciaba a la prensa que aquel documento (memorial) sería entregado al presidente de la República, a más tardar al siguiente día. En efecto, así se hizo; aunque, para cumplir formalidades, fue el ministro de Trabajo quien tuvo que recibir a la delegación de dirigentes. Entre tanto, fueron sumándose a la convocatoria algunas otras significativas organizaciones, consiguiéndose así que el total de éstas llegaran a 23 organizaciones sindicales.

El conjunto de esas 23 organizaciones, representativas de los más diversos sectores de trabajadores, configuraba el más alto nivel de coordinación y centralización organizativa que por primera vez se lograba en el Perú. Se lograba, como ha sido reconocido muchas veces, no gracias a la iniciativa tomada en las

alturas de la vida dirigencial sino, más bien, como consecuencia de las presiones que en ese sentido fueron desarrollando las bases sindicales y populares, presiones que finalmente se hicieron de manera muy activa, enérgica y múltiple en el curso de las últimas cuatro semanas. La cabeza dirigente de ese nivel de coordinación y centralización se denominó Comando Unitario de Lucha (CUL)<sup>21</sup>.

Sin duda, la organización de mayor representatividad y autoridad en aquel Comando era la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) y, por lo mismo, ella se constituía en el eje de dirección de los movimientos de masas en plano nacional. No había sido éste precisamente su papel en los años previos, cuando su dirección combatía sañudamente toda campaña destinada a la ampliación y articulación del movimiento obrero y popular. Desde mediados de 1975, el secretario general de la CGTP era el veterano dirigente bancario Eduardo Castillo y a él le correspondió presidir las difíciles reuniones y debates para la formalización de la unidad sindical tan resistida y torpedeada mil veces por sus propios camaradas<sup>22</sup>. Al final de cuentas, Eduardo Castillo llegó a convertirse, acompañado por otros numerosos y prestigiosos dirigentes, como Apolinario Rojas Obispo, en la más encumbrada figura del CUL.

Con la constitución del CUL y la convocatoria al Paro Nacional, habían sido dados los últimos y trascendentales pasos para asegurar la culminación victoriosa de los intensos combates que las masas libraron y cuyos ejemplos más importantes y visibles hemos presentado. De allí para adelante, toda tarea por hacer era de orden eminentemente práctico: reforzamiento de coordinaciones y multiplicación de las actividades de agitación. Estas fueron asumidas frenéticamente, especialmente por la militancia de izquierda con la inclusión de casi todas sus tendencias. En esos días, el país fue inundado por afiches, volantes y pintas. En el propio local de la CGTP de la Plaza Dos de Mayo, se podían recoger cantidades apreciables de afiches impresos en papel de buena calidad.

21 Uno de más activos forjadores del CUL fue el viejo luchador socialista Apolinario Rojas Obispo, quien en esas circunstancias era fundador y principal dirigente de la Comunidad Autogestionaria de Villa El Salvador (Cuaves) y se encontraba impulsando la formación de la Federación Departamental de Pueblos Jóvenes y Asentamientos Humanos de Lima y Callao. En su juventud, había estudiado Economía y Contabilidad en la UNMSM y luego había sido dirigente obrero en el sector textil de Lima metropolitana. Falleció en los inicios de la década de los años 90. Le rendimos nuestro homenaje a su temple proletario.

22 Don Eduardo Castillo había sido dirigente de la entonces famosa Federación de Empleados Bancarios (FEB) y representante de su base ante la CGTP. En 1975, fue elegido secretario general de esta central, la CGTP, en reemplazo del profesor Gustavo Espinoza Montesinos quien se había desempeñado en dicho cargo desde 1968, es decir, durante toda la «primera fase» del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. A don Eduardo Castillo le correspondió actuar en el más alto nivel de dirección de los trabajadores peruanos que protagonizaron el gran Paro Nacional del 19 de julio de 1977. En los momentos en que nos encontramos ultimando la preparación este trabajo, febrero de 2007, nos llega la información periodística que da cuenta del fallecimiento de don Eduardo Castillo. Igualmente, rendimos homenaje a su memoria.

En las vísperas del paro quizás ya no eran imprescindibles los clásicos pronunciamientos de apoyo por más que salieran de los predios de la izquierda revolucionaria, puesto que no podrían agregar nada nuevo ni especial a un proceso en marcha. Sin embargo, los pronunciamientos se dieron. Estos contenían dos o tres cuestiones comunes: 1) Apoyo a la convocatoria hecha por el CUL; 2) Críticas a la dirección de la CGTP y al PCP (Unidad); 3) Reconocimiento del papel decisivo de la clase obrera. Uno de esos pronunciamientos, que recogía parcialmente las críticas de la izquierda revolucionaria a la dirección de la CGTP, fue suscrito por agrupaciones ideológicamente emparentadas: Partido Comunista Revolucionario, Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Voz Rebelde Cuarta Etapa), Vanguardia Revolucionaria (Tendencia Mayoría Nacional), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Voz Rebelde) y Movimiento de Acción Proletaria. Veamos lo que sostenían:

«... La consigna de Paro corre como reguero incontenible mostrando el entusiasmo y el alto espíritu de combate de la clase obrera. Es ante esta ola ascendente que la dirección revisionista de la CGTP ha tenido que aceptar el Paro. Pero llamamos a estar alertas, pues fieles agentes del revisionismo soviético buscan que la dictadura mantenga la relación militar con él y buscan entrar a las componendas políticas que prepara Morales para el 28 de julio. Desde ya tratarán de limitar la lucha y apenas lleguen a un acuerdo con la dictadura sabotearán abiertamente, debiendo estar alertas las masas para vencer su traición, desenmascarando y liquidando su influencia perniciosa y dotando al movimiento sindical peruano de una dirección de clase y unitaria... Para esto constituye un paso de gran importancia el marchar hacia la realización de la III Asamblea Nacional Sindical Clasista»<sup>23</sup>.

Mientras tanto, el gobierno hizo los últimos esfuerzos con la pretensión de neutralizar en algunos sectores el acatamiento de la convocatoria. Por ejemplo, el Ministerio de Educación decidía el inicio de las vacaciones escolares de medio año a partir del lunes 18, adelantándose así por lo menos en una semana. Con esa medida no podrían aparecer en escena ni los aguerridos maestros del Sutep ni los estudiantes.

Por su parte, el Ministerio de Industria y Turismo, publicó una urgente citación a las Federaciones de las Comunidades Industriales, ofreciéndoles apoyo

23 Seguramente, todas esas frases contenían algo de verdad. Pero, quizás, sus propios autores no quisieran recordarlas más. Es bastante seguro que pocos años más tarde de aquellos vibrantes combates, hayan terminado caminando hermanados en el campo electoral con los mismos a quienes condenaban por ser «fieles agentes del revisionismo». No es que no pudieran ocurrir esas cosas, tal como en efecto ocurrieron. El problema es que nunca hicieron el elemental esfuerzo por dar las necesarias explicaciones a los trabajadores y al país.

para la realización de su II Congreso Nacional (Congreso varias veces postergado por las autoridades gubernamentales).

Los periódicos limeños destacaban noticias que, supuestamente, sembrarían el desaliento en los trabajadores y su liderazgo. Se decía que la Federación de Trabajadores de Centromin Perú y la Federación de Pescadores del Perú (la reconocida por el Ministerio de Trabajo) no acatarían el acuerdo de Paro. En lo referente a Centromin Perú lamentablemente tuvieron razón, puesto que la dirección de esa Federación, vinculada a una de las tendencias del Partido Comunista del Perú (Patria Roja), había expresado públicamente que sus bases –aproximadamente 12 mil trabajadores– no irían al paro decretado por los «revisionistas» de la CGTP<sup>24</sup>. En cambio, la Federación de Pescadores –la reconocida– era una costra burocrática carente de bases importantes y, por tanto, no tenían ningún valor lo que quisieran decir. Otra de las insistencias de los periódicos se refería a los choferes de Lima y del resto del país: los choferes trabajarían normalmente y quedaba garantizado el transporte de pasajeros. En realidad, muchos de los dirigentes de los choferes prestaron ese tipo de declaraciones pero, luego, ante la contundencia de la medida de fuerza no se atrevieron salir a las calles, avenidas o carreteras.

El ultraderechista semanario *El Tiempo*, dirigido por el periodista Baella Tuesta anunciaba: «Mañana es el martes rojo». *La Crónica*, periódico del gobierno decía: «Seudo izquierda al servicio de la derecha».

Finalmente, y como tenía que ser, desde el punto de vista de los militares en el poder, el ministro del Interior, general Luis Cisneros Vizquerra, se dirigía al país por cadena de radio y televisión:

«...advierto a los organizadores del paro anunciado para el día de mañana martes 19, que el gobierno los hará responsables directos de lo que pudiera ocurrir... El Ministerio del Interior tomará todas las previsiones y realizará todas las acciones que sean necesarias para contrarrestar la realización del paro...»

24 En alguna oportunidad, en declaraciones públicas, el viejo dirigente de dicho partido y ex-senador de la República, señor Rolando Breña Pantoja, afirmó que los que se opusieron al Paro Nacional fueron los integrantes de una tendencia de Patria Roja y que más tarde formaron el grupo Pucca Llacta. Sostuvo que, desde luego, oponerse a dicho Paro Nacional fue un error. Sin embargo, debemos recordarle que eso no fue todo y el señor Breña no estaba obligado a conocer mayores detalles puesto que vivía exiliado en Europa. Ocurre que un alto dirigente de su partido y del Sutep, más tarde parlamentario y últimamente (2006) otra vez candidato al Congreso, aceptó a regañadientes la visita de una comisión del CUL y al ser requerido para suscribir la convocatoria al paro se negó rotundamente, argumentando que se trataba de un «paro revisionista» y finalmente se burló con petulancia de las iniciales de aquel Comando. Evidentemente, también para él su problema era el «revisionismo» pero este representaba, en esas precisas circunstancias, apenas una diminuta parte de la realidad que era compleja, crocante e inmensa.

La agencia del gobierno, EsiPerú, refiriéndose a declaraciones del mismo personaje, consignaba: «El Ministerio del Interior... afirmó que hay responsables directos e indirectos de la situación creada. Como responsables directos mencionó a grupos de ultraizquierda y de ultraderecha, y como responsables indirectos –entre otros– a la prensa privada y a la prensa socializada».

### *19 de julio: Paro Nacional en el Perú*

En Lima y provincias los hechos se presentaron de manera diametralmente diferente a la vaticinada por los periódicos sujetos al control gobiernista. Mientras sus titulares decían «Pueblo repudia a provocadores», «Organizaciones dicen no al paro», «El transporte será normal» y otras muchas sandeces por el estilo, la inmensa realidad era otra: con el 19 de julio había llegado el temido «martes rojo».

En toda Lima metropolitana y en el Callao, la realidad del Paro de 24 horas fue maciza. Desde primeras horas del día, la situación se presentaba de manera radicalmente distinta a la habitual. El transporte colectivo sumamente restringido en el Cercado y distritos inmediatos; ausencia de las siempre madrugadoras y apuradas multitudes en los principales paraderos de las grandes avenidas; locales ministeriales y de otras dependencias públicas, esperando vanamente la llegada atropellada de sus empleados; abandonados y desiertos tantos lugares públicos que cotidianamente estaban llenos de vendedores ambulantes, con sus carretillas, sus cajones, sus toldos y sus bullas; en fin, con sus puertas cerradas la casi totalidad de establecimientos comerciales. Una mañana realmente excepcional para Lima y el Callao, sin precedentes en todo el ciclo histórico, post Segunda Guerra Mundial, de expansión urbana y modernización capitalista, de continuado crecimiento de la mano de obra asalariada y de ensanchamiento de sus movimientos obreros y populares.

Hacia la ocho o nueve de la mañana, era visible la total paralización del transporte. Se habían esfumado las pocas unidades de transporte que unas horas antes intentaron ir contra la corriente. El Cercado (viejo centro de Lima) y sus distritos más próximos como Rímac, Breña, Pueblo Libre, Magdalena, Jesús María, La Victoria, Lince, San Isidro, Miraflores, San Borja, etc., se encontraban aislados respecto de las poblaciones periféricas, especialmente de los extensos pueblos jóvenes y urbanizaciones populares del Cono Norte, del Cono Sur, de los cerros del Este y la Carretera Central. Desde luego, también era evidente el aislamiento entre Lima y Callao. Estaba ocurriendo ese día algo que los grupos privilegiados y opulentos, los sectores medios acomodados y los propios gobiernos estaban imaginando con pavor durante muchos años: una Lima aislada y encerrada por un círculo de gigantes concentraciones humanas, de poblaciones masivas de trabajadores y pobres movilizados en son de protesta y de rebeldía frente al brutal dominio del poder.

Ciertamente, los pobladores de esas inmensas y miserables concentraciones, en especial sus sectores mejor organizados y sus juventudes, se encargaron de bloquear las decisivas vías de acceso al corazón de la capital. Lo hicieron repetidas veces durante el día (cada vez que la policía o soldados del ejército despejaban algunos trechos), con piedras y troncos, tumbando parantes y tableros de incontables avisos comerciales, y, también, quemando llantas en algunos puntos. De ese modo, quedaron bloqueadas y verdaderamente intransitables vías de vital importancia: la avenida Túpac Amaru, la Carretera Norte (desde San Martín de Porres hasta Puente Piedra) y la Carretera Callao-Ventanilla; la Carretera Central (Vitarte, Ñaña, Chosica) y la avenida Pachacútec (Villa El Salvador, Atocongo). También fueron bloqueadas las avenidas Argentina, Colonial y Venezuela por acción de destacamentos obreros y otros grupos organizados que en parte salían de barriadas cercanas a las márgenes del río Rímac. En realidad, todas esas vías aparecieron bloqueadas en diferentes tramos ya desde el amanecer y, por eso, fue anulada desde un primer momento que por ellas transitaban camiones, ómnibus y micros y otros vehículos motorizados de transporte público.

La paralización de los servicios de transportes en las mencionadas vías —especialmente en Túpac Amaru, Carretera Norte, Carretera Central y Pachacútec—, hizo imposible que el grueso de obreros pudiera llegar a las zonas céntricas de Lima para convertirlas también en escenarios vivos mediante marchas y mítines relámpagos. Más bien, los que de algún modo lograron trasladarse, fueron a incorporarse a los piquetes de huelga que controlaban puntos neurálgicos en las avenidas Argentina y Colonial en las que, como se sabe, estaban ubicadas quizás las más numerosas e importantes fábricas. Fueron impresionantes las batallas campales entre huelguistas y policías en la zona de Cárcamo por el control de la zona.

El patrullaje policial resultó insignificante como para revertir la situación en lo tocante a los bloqueos o por lo menos para reducir su magnitud; tampoco esto era su propósito desde los instantes en que los transportistas y los choferes habían decidido batirse en retirada, replegarse y desaparecer. Los choferes, según promesas públicas de muchos de sus dirigentes, no acatarían el paro acordado por el CUL; pero, ante las primeras pedradas que rompieron unas cuantas lunas de sus vehículos, fue como si se evaporaran en el ambiente. Tampoco había pasajeros urgidos. Los choferes cuyas líneas tenían paraderos iniciales en los pueblos jóvenes, prefirieron no moverse y esperar.

Las tanquetas del Ejército, estacionadas en lugares considerados estratégicos, sólo sirvieron para evitar que enormes contingentes de masas pudieran marchar con dirección al centro de Lima o a la Plaza Dos de Mayo. Esta posibilidad fue inminente si se toma en cuenta, por ejemplo, a multitudes del distrito San Martín de Porres que varias veces se abalanzaron sobre la avenida Zarumilla y que si alcanzaban rebasar a la policía, podían marchar un poco más lejos. El patrullaje en el Callao y cercanías lo hacían los infantes de Marina.

Aproximadamente a mediodía, efectivos de Infantería de Marina que en un ómnibus de esa institución trataban de imponerse en uno de los tramos de la bloqueada avenida Túpac Amaru, ametrallaron a 5 pobladores de Comas. El cobarde asesinato de estas personas indefensas y de otra en iguales condiciones en la zona de Vitarte, fueron los casos trágicos.

En el resto del país, el paro fue acatado con igual rotundidad. El éxito fue más notorio en las principales ciudades de la Costa, Sierra y Selva. Volvieron a parar los pueblos convulsionados en semanas anteriores como el Cusco, Puno, Tacna, Moquegua, Arequipa, Huamanga, Huancavelica y Huancayo. Pararon los pueblos de Tumbes, Piura, Chiclayo, Trujillo, Chimbote, Cajamarca e Iquitos. En muchas de las ciudades se desarrollaron manifestaciones callejeras. Otra de las notas características fue, como en Lima, la casi total paralización del transporte urbano, debido en parte a bloqueos de avenidas. Jugaron papel importante los estudiantes universitarios, maestros, bancarios y moradores de pueblos jóvenes.

Pero no se trataba solamente de ciudades. También pararon los trabajadores mineros. A excepción de Centromin, la medida fue acatada especialmente en otros centros de la gran minería y la mediana minería en diversas regiones del país (norte, centro y sur), logrando así darle mayor extensión y consistencia a las acciones de lucha y, más aún, si se articulaban a fragmentos del campesinado. Por todo eso, en algunos casos los paros fueron realmente departamentales. Ahora, se diría regionales.

Si bien continuaron cumpliendo su papel de dirección las Federaciones Departamentales de Trabajadores, en algunos lugares lo hicieron en tanto que integrantes de los nacientes Frentes de Defensa y Asambleas Populares. Esto ocurría particularmente en el sur del país.

Habría que agregar, también, como dato importante, la contundencia de la interrupción del transporte interprovincial tanto de pasajeros como de carga pesada en la Carretera Panamericana que recorre todo el litoral y las carreteras troncales que articulan la costa y la sierra y buena parte de la selva. Dichas interrupciones se dieron fundamentalmente cerca de ciudades, al quedar bloqueadas las entradas o las salidas. También se dieron casos en que las agencias de transporte suspendieron sus servicios «por medida de seguridad». No tenían ninguna otra alternativa.

En suma, el 19 de julio fue día de combate en todo el país. A la cabeza de los sindicatos, federaciones y movimientos de masas en general, estuvieron presentes cientos y miles de dirigentes clasistas de varias promociones. Igualmente, tuvieron activa intervención en Lima y provincias los militantes y activistas, básicamente juveniles, de casi todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria. En realidad, para todos ellos las acciones del 19 de julio constituyeron su primera gran experiencia política.



Entre trabajadores, dirigentes clasistas y militantes de partidos, también fueron algunos miles los detenidos y llevados a las cárceles y comisarías. Ya en las vísperas habían caído en manos de la policía varios altos dirigentes, entre ellos el señor Eduardo Castillo, por órdenes directas del Ministerio del Interior. Estas detenciones no modificaron la situación. El Paro Nacional estaba en marcha y asegurado su comando dirigente. Es más. El Paro Nacional, contaba con el apoyo y la simpatía de poblaciones enteras de la sociedad peruana.

## BIBLIOGRAFÍA

BAHRO, Rudolf

1981 *El socialismo realmente existente. 6 conferencias críticas.* Prólogo de Aníbal Quijano y Mirko Lauer. Mosca Azul Editores. Lima

BÉJAR, Héctor

1975 *La revolución en la trampa.* Edic. Socialismo y Participación. Lima.

CLAUDIN, Fernando

1970 *La crisis del movimiento comunista internacional. De la Komintern a la Kominform.* Ruedo Ibérico. España.

CÓRDOVA, Arnaldo

1974 *La política de masas del cardenismo.* ERA, México.

DEGREGORI, Carlos Iván

1990 *Ayacucho 1968-1979: El surgimiento de Sendero Luminoso.* IEP. Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván (editor)

2000 *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana.* IEP. Lima.

GORRITI ELLENBOGEN, Gustavo

1991 *Sendero: Historia de la guerra milenaria en el Perú.* Editorial Apoyo. Lima.

HOBBSAWM, Eric

1995 *Historia del siglo XX.* Crítica. Grijalbo. Barcelona.

LENIN, Vladimir Ilich

1975 *La huelga política en Rusia.* Ed. Progreso. Moscú.

1975 *El comienzo de la revolución en Rusia.* Ed. Progreso. Moscú.

1976 *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú.* Ed. Progreso. Moscú.

LUXEMBURGO, Rosa

1970 *Huelga de masas, partido y sindicatos.* Colección 70, México.

LUXEMBURGO-KAUTSKY-PANNEKOEK

1976 *Debate sobre la huelga de masas (Segunda Parte)*. Cuadernos de Pasado y Presente. Córdoba.

LYNCH, Nicolás

1990 *Los jóvenes rojos de San Marcos. El radicalismo universitario de los años setenta*. Edic. El Zorro de Abajo. Lima

1992 *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*. El Zorro de Abajo ediciones. Lima.

MAGRI, ROSSANDA, CLAUDIN y QUIJANO

1975 *Movimiento obrero y acción política*. Serie Popular. ERA. México.

MANDEL, SWEEZY, MAGDOFF, VIALE, CHICHIQUE, FRANK, AMIN

1975 *La crisis capitalista mundial*. Ediciones teoría y práctica, Lima.

MARX, Karl

1976 *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*. Lenguas extranjeras. Pekín

1977 *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Lenguas extranjeras. Pekín.

MATOS MAR, José

1984 *Desborde popular y crisis del Estado. (El nuevo rostro del Perú en la década de 1980)*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

PEASE, Henry y Alfredo FILOMENO

1979 *Perú-1977: Cronología política*. Tomo VI. Descó, Lima.

QUIJANO, Aníbal

1973 «Las nuevas perspectivas de la clase obrera». *Sociedad y Política* N° 3. Lima.

1975 *Crisis imperialista y clase obrera en América Latina*. Lima.

SULMONT, Denis

1976 *Historia del movimiento obrero 1890-1956*. Edic. PUC. Lima

1978 *Historia del movimiento obrero en el Perú. (De 1890 a 1977)*. Tarea, Lima.

VALLADARES QUIJANO, Manuel

2005 «Hace 30 años: Huelga policial, saqueos e incendios en Lima». En *Investigaciones Sociales* N° 14, revista de Instituto de Investigaciones Histórico Sociales. UNMSM. Lima.

2005 *Asonada de Andahuaylas, inauguración de una agraria coyuntura preelectoral*. Folleto. Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM. Lima.

2006 «¿Quién es Ollanta Humala? Trepano por las escalas de las encuestas. Cargamontón busca derrumbarlo». En *Historias*, N° 1, revista de la Asociación de Historia, Sociología y Ecología. UNMSM. Lima.